

# Kant y el problema de la filosofía

Eugenio PUCCIARELLI  
Tucumán (Argentina)

## Un problema inevitable

Desde temprano preocupó a Kant el problema de la esencia de la filosofía. No le atraía, por cierto, la cuestión terminológica limitada a fijar con precisión el significado de la palabra, ni lo concebía, tampoco, como un problema lateral planteado al margen de las exigencias centrales de su sistema. Su idea de la filosofía constituye, por el contrario, el eje común en torno al cual giran las tres *Críticas*, el lazo de unión entre el conocimiento, la moralidad y el arte. Y, a la vez, su idea de la filosofía encuadra en su concepción general del hombre. (1).

En el centro del sistema kantiano aparece el hombre. No conforme con engendrar, mediante su actividad espiritual, la ciencia, la ética y el arte, el hombre se vuelve reflexivamente sobre su propia actividad creadora para sorprender el secreto de su mecanismo. Al hacerlo forja la filosofía. Gracias a ella adquiere conciencia de su ser y de su deber, de su situación y de su destino.

Kant no oculta la mutua implicación de estos dos términos: su concepción de la filosofía emerge del seno mismo de su sistema y éste articula todos sus aspectos parciales en aquélla. Por obra del sistema se coordina orgánicamente un simple agregado de conocimientos y se ele-

---

(1). En términos muy semejantes Kant examina el problema en los siguientes trabajos: *Crítica de la razón pura* (1781), especialmente II parte, capítulo 1°: "Arquitectónica de la razón pura"; *Crítica del juicio* (1790), "Introducción"; *Sobre la filosofía en general* (1794); *Lógica* (1800), "Introducción", capítulo 3.

va al rango de ciencia: una idea central otorga unidad a los conocimientos dispersos.

La definición de la filosofía exige un examen previo de los conocimientos. Si prescindimos de su contenido, éstos se dejan clasificar en dos grupos: racionales e históricos. Los primeros implican un activo ejercicio de la razón y son conocimientos por principios ("cognitio ex principiis"); los otros, que se fundan principalmente en la memoria, consisten en la apropiación de un saber y son conocimientos por datos ("cognitio ex datis").

Desde estos dos puntos de vista es posible encarar a la filosofía. Ella será un conocimiento histórico cuando nos limitamos a aprender un sistema extraño sin saber filosofar; será un conocimiento racional si somos capaces de superar el ejercicio mecánico de la repetición y nos acostumbramos a hacer uso libre de nuestra razón. En el primer caso es preferible hablar de ilustración, información o erudición; para el segundo conviene reservar propiamente la expresión filosofía concebida como una actividad creadora del espíritu.

Frente a esta distinción, inspirada en la actitud subjetiva que cabe adoptar ante los objetos, se establece una clasificación que se basa en el origen objetivo de los conocimientos y que los separa en empíricos y racionales. Los últimos comprenden la matemática y la filosofía. Emanados de la razón, coinciden por su común raíz y por su carácter a priori, es decir, independiente de la experiencia. Pero mientras la matemática se limita al sector de la cantidad y utiliza la intuición en sus aplicaciones concretas de la razón, la filosofía lo abraza todo —cantidad y cualidad— y sus conocimientos son discursivos. Kant la define como el conocimiento racional por medio de ideas.

### **Filosofía como ciencia**

Asignando un significado muy amplio a la palabra ciencia podemos emplearla para definir la filosofía. En este sentido, la filosofía es una ciencia especulativa: el sistema de los conocimientos racionales por medio de ideas. Ella persigue la unidad sistemática del saber y aspira a la perfección lógica del conocimiento. No se subordina a ninguna finalidad extraña a los intereses del conocimiento puro.

Este concepto escolástico de la filosofía remite al problema de la ciencia que constituye el objeto de la *Crítica de la razón pura* (1781). Hijo de su tiempo, Kant no pudo sustraerse a las influencias de tres cir-

culos de ideas que convergen en su obra: el racionalismo en la sistematización definitiva que le diera Leibniz, la ciencia exacta de la naturaleza que culmina en Newton y el empirismo inglés que hace crisis en la actitud escéptica de Hume. Al plantear el problema de la posibilidad de la ciencia, Kant deja percibir el eco de estas tres voces. Pero se coloca en una actitud resueltamente original.

Su esfuerzo tiende a defender la ciencia —salvar la obra de Newton— de las impugnaciones del escepticismo, demostrando el carácter universal y necesario del saber. Como síntesis de materia y forma, el conocimiento exhibe dos factores, uno contingente y otro necesario. Las condiciones de la posibilidad de un saber universalmente válido y absolutamente necesario residen en la forma, en el factor que aporta el sujeto, en el elemento trascendental. Este se presenta en el orden de la sensibilidad, del entendimiento y de la razón, como intuición, categoría o idea.

Sobre las intuiciones de espacio y tiempo se funda la posibilidad de la matemática; sobre las categorías se basa la validez universal de la física. Síntesis de materia y forma, la ciencia es un saber necesario pero está condenado a permanecer en el plano fenoménico y es incapaz de llegar a la cosa-en-sí, de alcanzar lo absoluto. Kant niega el valor ontológico de la ciencia: el camino del conocimiento no conduce a lo absoluto. La metafísica, como ciencia, es imposible. Obligada a quedarse en lo relativo, la ciencia constituye una eterna tarea, una faena inacabable: las ideas de la razón señalan los derroteros por donde deberá proseguir su marcha interminable.

Kant logra defender el carácter universal y necesario de la ciencia pero a costa de la renuncia a sus pretensiones ontológicas. Un mundo de apariencias aprisiona al hombre cuando se vuelve cognoscitivamente hacia su contorno o hacia sí mismo. Empujado por exigencias de índole moral, el filósofo se abre paso hacia lo absoluto por otra vía. A la concepción de la filosofía como ciencia opone la exigencia de una sabiduría.

### Filosofía como sabiduría

No somos seres meramente contemplativos: al lado de la actividad teórica ejercemos la práctica; nuestro conocimiento trasciende en acción y, más allá de la ciencia, se nos presenta la ética. Si la ciencia está condenada a permanecer en lo relativo, nos queda el camino de la

acción moral para llegar a lo absoluto. La filosofía de Kant nos enseña a superar la ciencia en sabiduría.

Desde la conciencia moral se divisa el orden de lo metafísico. En ella, concebida como el conjunto de normas que aspiran a regir la vida, se apoya Kant para señalar el valor absoluto de la buena voluntad. Insiste, después, en subrayar la autonomía de la voluntad a fin de fundar sobre ella el postulado de la libertad. Cuando en el ejercicio de la acción ajustamos nuestra voluntad a la norma ética —el imperativo categórico— obramos como seres libres: emancipados de la coerción que impera en el mundo de los fenómenos, dado a nuestro conocimiento, somos una cosa-en-sí. Gracias a ello participamos en el mundo inteligible y lo absoluto —el orbe metafísico— se abre ante nuestra vida con una certidumbre que ninguna objeción podría quebrantar.

Las dificultades con que tropezaba la ética para constituirse en ciencia, al carecer de un fundamento metafísico previo, se solucionan en los postulados de la libertad, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios. El primero proporciona la base para toda acción moral, el segundo permite la plena realización de la ley y el tercero funda la posibilidad de una sanción. Gracias a ella se realiza la armonía entre la virtud y la felicidad, cuyo conflicto sobrellevamos como una imperfección en nuestra existencia.

De la ética parte el camino que conduce a la metafísica. Dios, la libertad y la inmortalidad, inaccesibles para el conocimiento científico, se alcanzan en el ejercicio de la acción moral. La determinación práctica de estos principios convierte a la filosofía en doctrina de la sabiduría. Junto al concepto escolástico hay un concepto cósmico de la filosofía. Según éste, la filosofía indaga la relación que tiene todo conocimiento con los fines esenciales de la razón humana. Se le suele representar como un tipo en el ideal del filósofo.

La sabiduría, entendida como doctrina del bien supremo, como absoluta totalidad de las condiciones del objeto de la razón práctica, constituye un ideal cuya plena realización compromete nuestro esfuerzo y mueve incesantemente nuestro afán. Muchos sienten el llamado de esta vocación, pocos son capaces de acercarse al ideal, ninguno lo realiza plenamente.

El hombre que se esfuerza por alcanzar la sabiduría y enseñarla con la doctrina y el ejemplo, aspira a ser filósofo. Sólo podrá conseguirlo en la medida en que aprenda a usar de su propia razón. El hombre de ciencia no es más que un artista de la razón, que se conforma con un saber puramente especulativo; el filósofo, en cambio, tiene ante sí el fin supremo de la razón humana, el destino total del hombre y su saber tras-

ciende en acción moral. Esto confiere un valor absoluto a la filosofía: ella otorga sentido a la ciencia.

Subordinándose a las exigencias espirituales del hombre, la ciencia ayuda a alcanzar la sabiduría. Hay dos actitudes opuestas, igualmente perniciosas: la del filodexo, que ama la ciencia y rechaza la sabiduría, y la del misólogo, que busca la sabiduría y aborrece la ciencia. La verdad está en la justa subordinación: la sabiduría se apoya en la ciencia pero la extiende y la eleva a vida espiritual. Por ella el hombre alcanza su propia plenitud.

### **El contenido de la filosofía**

Cuatro preguntas expresan el contenido de la filosofía —¿qué puedo conocer?, ¿qué debo hacer?, ¿qué puedo esperar?, ¿qué es el hombre?— y plantean sus problemas fundamentales: gnoseológico, ético, religioso, antropológico. La última pregunta, a la vez la más difícil e importante, implica la respuesta a las tres primeras.

De la idea de la filosofía deriva la división en propedéutica o crítica y metafísica o sistema de la razón pura. La primera examina el poder de la razón en relación con todo conocimiento puro, investiga las condiciones de la posibilidad del saber. La segunda asocia en una conexión sistemática todo el conocimiento filosófico, tanto en el orden especulativo, como conjunto de los principios puros de la naturaleza, como en el orden práctico, como organismo de los principios puros de las costumbres. Kant emplea la designación de metafísica, para esta segunda parte, pero su significado se limita a designar el sistema completo de la razón pura. En su antigua acepción la metafísica consistía en el conocimiento racional de la cosa-en-sí, que Kant rechaza después de confesar que es una aspiración eterna de la humanidad y que su sino es vivir enamorado de ella.

### **La filosofía y el hombre**

Relacionada con las dos definiciones de la filosofía —ciencia y sabiduría— aparece en Kant su idea de la doble condición del hombre: el ciudadano de dos mundos.

Desde el punto de vista de la ciencia, el hombre aparece al conocimiento como un trozo de la naturaleza, atado a la necesidad inexorable que rige el cosmos. Es un fenómeno rodeado por los demás fenómenos del mundo natural. Su carácter sensible lo presenta vinculado al espacio y al tiempo donde se desenvuelve su vida.

Pero en la acción moral es capaz de sustraerse al encadenamiento necesario del orden físico y participar en el mundo suprasensible. En él es una cosa-en-sí, autónoma, libre. Su acción es moralidad, cultura, historia.

La filosofía, en cuanto doctrina de la sabiduría, arroja claridad sobre esta doble condición del hombre: su presencia en el mundo de la naturaleza y su participación en las excelencias de lo absoluto y lo impercedero. Por ella se sabe fin en sí, aprende a respetar al prójimo y no tolera servidumbre alguna. La filosofía exalta la dignidad del hombre.

---